

## **José Luis González Olalla.**

Son ya las 17:00 y Pedro no acaba de explicar. Ignora la hora que es, el tiene que acabar el temario para hoy. Yo, muerto de hambre, quiero llegar a casa para merendar. Por fin da la clase por concluida, tras quince minutos, cinco figuras y otras cinco para casa. Cojo mi mochila y mi sudadera y salgo de los primeros de la clase, todavía viendo figuras geométricas en mi cabeza.

Avanzo por el pasillo y me hago esa pregunta que todo el mundo se hace: ¿Bajo por las escaleras o intento salir por la portería? Por probar... lo intentaré por portería. Pero nada, tan solo poner un pie en portería ya escucho la mítica frase: “¡Por abajo!” de Mercedes. Al darme la vuelta para dirigirme a las escaleras, veo un hombre saliendo del despacho de Jesús tras un apretón de manos y un “hasta pronto”. Ando despacio hacia las escaleras, pues me llama la atención su atuendo. Lleva un traje azul marino perteneciente al ejército con sus insignias en el pecho. Según se va acercando hacia mi me doy cuenta de que es el uniforme del ejército del aire. Pero no es eso lo que más me llama la atención de él. Aquella figura, tan parecida a la de mi padre, sus ojos y su rostro me resultan muy familiares. Al cruzarnos, sentí una extraña sensación. Nos miramos fijamente el uno al otro, ambos con gesto de asombro. Él sigue su camino hacia portería. Yo comienzo a bajar las escaleras lentamente volviendo la cabeza cada segundo, observando a aquel señor, que parece igual de aturdido que yo, pues una de las veces que miro para atrás, él también ha girado la cabeza. Ya olvidadas las figuras de Pedro, y con esa extraña sensación todavía en mi cuerpo, la imagen de la cara de ese señor no me sale de la cabeza. La imagen de aquel hombre me transmite admiración pues llevaba el uniforme de aquella profesión que algún día me gustaría ser, y que tras cada clase de Pedro pierdo más la esperanza, piloto del ejército del aire.

Salgo a la calle por la puerta de abajo, y todo el camino de vuelta a casa, pienso quien podría ser ese hombre. Al llegar a casa, me pongo a merendar un vaso de zumo y algo de bollería encima de mi escritorio. Tras esto saco de mi mochila el archivador para ponerme a hacer el trabajo mandado para casa por Pedro. Me espera una buena tarde de dibujo.

Me echo hacia atrás apoyándome en el respaldo de la silla, y me vuelvo a hacer esa pregunta: ¿Quién era ese hombre? Y lo que me intriga más aún: ¿Le habrá dejado Adriana salir por portería?...